

Jesús Quintero



Memoria del silencio

El mundo desde la colina

JESÚS QUINTERO
MEMORIA DEL SILENCIO

El mundo desde la colina

Edición de Rosa Ponce

- © por las reflexiones y las entrevistas, Reencuentro con la palabra, S.L., 2023
- © por la compilación, Andrea y Lola Quintero, 2023
- © por el prólogo, Raúl del Pozo, 2023
- © por el texto *El hombre y la leyenda*, Joana Bonet, 2023
- © por el texto *La mirada que heredamos*, Andrea Quintero, 2023
- © por el texto *El ascensor de cristal*, Lola Quintero, 2023

Edición de Rosa Ponce

Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

Todas las imágenes que aparecen en el libro han sido cedidas por la Fundación Jesús Quintero. La editorial hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar las autorizaciones de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-9998-985-3

Depósito legal: B. 12.847-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Raúl del Pozo	7
<i>Jesús Quintero entrevista al Loco de la colina</i>	9
<i>El hombre y la leyenda</i> , por Joana Bonet	13

MEMORIA DEL SILENCIO

<i>Nota de la editora</i>	41
Todo lo que tengo son palabras El poder del periodismo, la literatura y la poesía	45
Llamada general a la insurrección Injusticias, utopías y mentes revolucionarias	89
Palabra de loco Locura, cordura y destellos de lucidez	147
A mis queridos hijos de puta Telebasura, prensa rosa y protagonistas del nuevo circo	193

Vivir como nos dicta el deseo	239
Sobre ser uno mismo, ser libre y que se note	
El amor todo lo puede	273
Amantes, amados y definiciones de amor	
Una colina en el Guadalquivir de las estrellas	323
Sobre Andalucía, su arte, su gente y su filosofía	
Solo con el tiempo uno aprende	359
Sobre el paso del tiempo, la experiencia y el final del camino	
<i>Epílogo</i>	405
<i>La mirada que heredamos</i> , por Andrea Quintero	
<i>El ascensor de cristal</i> , por Lola Quintero	
<i>Agradecimientos</i>	413

JESÚS QUINTERO ENTREVISTA AL LOCO DE LA COLINA

Rasgo principal de tu carácter.

La curiosidad y la necesidad de aventura.

Tu mayor defecto.

Estar como un arco tenso hacia un horizonte que siempre está más lejos.

Tu mayor éxito en la vida.

El haber creado un estilo, sentirme escuchado y saber que tengo amigos que nunca veré.

Tu ocupación favorita.

Crear, contemplar y viajar. Me fascina Grecia, como dijo Borges, «mis contemporáneos son los griegos».

Tu mayor extravagancia.

Pensar que un periodista está aquí para contar la verdad.

¿Qué recuerdas siempre?

Andalucía cuando irrumpe la primavera.

¿Cuál es tu viaje favorito?

Un viaje al centro de mí mismo, el psicoanálisis.

¿Qué quieres que sea una entrevista?

Un espectáculo para pensar, una teatralización de la realidad, aunque hacer pensar, hoy, puede ser una agresión.

¿Qué es hoy una entrevista?

La entrevista tal y como se entiende ahora mismo es la fusión de far-santes y oportunistas políticos con periodistas embaucadores.

¿Cuáles son tus pasiones?

Mis tres grandes pasiones son la radio, la noche y mis charnegas, Andrea y Lola. Pero fui un padre imperfecto. En la colina estuve a punto de volverme loco de verdad.

¿La fama puede aburrir?

Una vez me dijo Antonio Banderas que la fama es un rumor a diez metros.

¿Te sientes libre ante un micrófono o una cámara?

La libertad no existe en absoluto. No ha existido nunca y no puede existir, aunque hay que comportarse como si existiera.

¿Quiénes son los maestros del género?

Para mí los sofistas del ágora, los fariseos que provocaban a Jesucristo.

¿Te preocupas por las cosas que dicen de ti?

Nunca vas a ser feliz porque hablar es gratis y ser idiota también.

¿Es delito mentir?

Mentir no es delito, bueno, según bajo el prisma desde el que se mire.

¿Te has sentido aislado?

Aislado y solitario. Antonio Machado decía «en la soledad he visto las cosas claras que no son verdad».

¿Te gusta nuestra televisión? ¿Quiénes tienen la culpa de esta televisión?

No me gusta lo que veo, no me gusta lo que están haciendo con mi profesión y con este medio tan maravilloso que es la TV.

¿Crees en la multitud?

No creo en la multitud. La multitud es mentira. Quizás por eso la multitud está con la mentira, con el ruido, con el camelo.

¿Te molesta envejecer?

Personalmente no tengo miedo al paso del tiempo. La muerte es otra cosa, chatín.



EL HOMBRE Y LA LEYENDA

En su casa de Sevilla, entre las calles Placentines y Regueros, un montacargas conectaba las dos plantas. Arriba, en la azotea, Quintero tenía su dormitorio y una inmensa terraza; frente a la cama, un gran ventanal enmarcaba la Giralda. El piso de abajo estaba compuesto por un salón de proporciones asimétricas, un espacio torcido que presidía un piano negro Yamaha. Una de sus teclas —creo que era un fa— había sido quemada por un cigarro olvidado (Jesús me dijo el nombre del gran músico que dejó la marca, pero lo he olvidado). Sí puedo describir, en cambio, un gran sofá granate decorado con cojines árabes comprados en los zocos de Tánger o Esauira, donde soñaba con tener una casa con porticones azules. Unos burros metálicos acumulaban trajes, chalecos y fulares a un lado. En la pared colgaban algunas fotos en blanco y negro que hoy se encuentran en el Centro Cultural de San Juan del Puerto. Durante el tiempo en que frecuenté aquella casa, a la mesa —original e incómoda, como todos los muebles que le gustaban— tan solo se sentaba a comer cuando lo visitaban sus hijas.

Cuando Quintero bajaba por el montacargas, se arreglaba el pañuelo con la misma pericia que el ejecutivo se endereza el nudo de la corbata. También se abría el cuello de la camisa y se atusaba los rizos como una forma de prepararse para actuar. Arriba, los periódicos que

leía al acostarse quedaban esparcidos sobre la cama. Cuando estaba en Madrid, no encontraba mejor forma de coronar la madrugada que ir a comprar la prensa recién distribuida al quiosco de Puerta del Sol. En el piso superior moraban los perros y los gatos, las preciosísimas jaulas de pájaros vacías. Y los libros de entrevistas, las conversaciones entre Borges y Bioy Casares, la colección de poesía de la mítica editorial Losada. Un cenicero con pitillos casi enteros, apenas dos caladas. Los productos cosméticos que compraba con coquetería en El Corte Inglés, donde las dependientas le contagiaban el ansia de perfección y belleza, y le pegaban una etiqueta en los botes donde escribían si eran para el día o para la noche. Arriba se quedaba el hombre que se cuestionaba a diario, en busca de las mejores preguntas que pasaba una y otra vez a limpio, escritas en mayúsculas sobre cartulinas de colores —entonces rondaría los cincuenta años y ya le fallaba la vista—. Pero también se quedaba el niño al que le gustaba que le quitaran los calcetines suavemente porque le hacía tiritar de gusto, el que recordaba cómo memorizaba los primeros textos de Shakespeare —que jamás olvidó— en el corral de San Juan del Puerto. Sí, lo más previsible hubiera sido que Jesús Rodríguez Quintero acabara ejerciendo de empleado en la gran fábrica de celulosa, que él, alma fragante, detestaba por su pestilencia. Se servía de frases autobiográficas meditadas. Y las utilizaba a menudo. Se plagiaba a sí mismo porque no lo podía explicar mejor: «Me fui de San Juan porque el hombre blanco instaló una fábrica de celulosa en mi pueblo, con su olor y humo insoportables. El hombre blanco tiene mucha guasa». También repetía que sus padres se llamaban José y María, y por tanto «era inevitable que a mí me llamaran Jesús». Y añadía: «Además, estoy a punto de que me crucifiquen. Eso sí, de pesebre andábamos como se andaba en aquel tiempo: cortitos».

Era el mediano de tres hermanos: Paco, el mayor, y Antonio, el pequeño, con el que mejor se llevaba. Antonio, recién estrenada la paternidad, sufrió un infarto. Pasó dos días en la UCI, y Jesús juró que se haría jesuita si este sobrevivía. El hermano falleció, dejando a dos niños chicos: Mari Carmen y José Antonio, los sobrinos preferidos de

Quintero. Y a partir de entonces empezó a instalarse un velo melancólico en su mirada, además de acentuarse una atracción por el silencio y un enorme interés por los monjes de clausura. Su padre, José Roque Rodríguez Flores, electricista, también falleció tras un ataque al corazón. Cuando le salía la ira, decía que venía heredada de su progenitor, mientras que se deshacía al hablar de su madre, María Dolores Quintero, y también de su tía Mercedes: ambas regentaron un colmado en el pueblo, los vecinos de San Juan todavía las recuerdan como mujeres bondadosas y livianas. Cuando iban a nacer sus hijas, Andrea en 1992 y Lola en 1998, Quintero intentó convencernos a las madres para que se llamaran como ellas. En el caso de Lola, se conserva un vídeo de un verano en el que él le pregunta cómo se llama su muñeca, y la niña, con apenas tres años, responde asombrosamente «María Dolores». En el caso de Andrea, logró que la bautizasen como María Dolores Andrea, aunque en su registro de nacimiento no constase. Y es que Quintero tenía el don de encontrar siempre una propuesta intermedia para salirse con la suya.

Fue un niño perspicaz, con la piel fina, a quien le afectaban los pequeños gestos inadvertidos por la mayoría. Me contó que le llamaban el Sentío, porque tanto una mala palabra como una pequeña injusticia le calababan en el ánimo. Pero se recordaba como un niño alegre, correteando por los campos, buscando nidos de pájaros y enredando con mil diabluras. Se dejaba llevar por el ensueño y creaba mundos imaginarios. Le cogió gusto a recitar poemas. Contaba que, en una ocasión, le dijeron que tal vez fuera pariente de Juan Ramón Jiménez, y él se lo comentó inmediatamente a su madre, maestra de la guasa —una de las palabras que más repitió Quintero en su vida— a lo que ella le respondió: «No lo creo, pero, en todo caso, tú has salido más a Platero».

La madre amantísima de Quintero creía en su talento, su dominio de la palabra y su poderosa voz para ser periodista. Él quería ser actor, y mientras hacía la mili en Tablada (Madrid), estudió teatro porque en Sevilla, en una actuación pública, un espectador le había alabado su voz: «se escucha desde la última fila». También se enamoró del gran

mundo, y tuvo más claro lo que quería ser. Al regresar a casa, animado por la madre, se presentó a unas pruebas en Radio Popular de Huelva que superó con holgura. Y surgió la posibilidad de entrar en el Centro Emisor de Sevilla y, posteriormente, en Radio Nacional, previo paso por unas oposiciones. Le gustaba recordar algunas preguntas —y sus respuestas— del examen que superó airoso. Ante el micrófono cambiaba el tono, logrando que este pareciera neutro, oficial, como dictaba el libro de estilo de los locutores de Radio Nacional, y recitaba una lista de diez presidentes del gobierno históricos. Admiraba la dicción de los presentadores de la BBC, y a pesar de no saber inglés adquiría el buen acento en algunas palabras. Le apasionaban los idiomas. Cuando *El loco* era ya un buque insignia de la radio española, consiguió que le dejaran emitir durante una semana desde los estudios de la BBC en Londres. A finales de los noventa me hacía repetir palabras como *croissant*, siempre atento a las vocalizaciones, describiendo la dicción ajena con placer.

Quintero se erigió enseguida como voz noble de la casa que leía los diarios hablados. Corría el año 73, el tardofranquismo dejaba ranuras a la información, incapaz de taponar todo el movimiento del mundo. Su voz empezó a ser marca de Radio Nacional. En perfecto castellano. Años después se lamentaría de que lo privaran de su acento, al tiempo que elogiaba el buen hablar andaluz, como el de Felipe González o Antonio Banderas. En aquellos años setenta acabó cansándose de leer boletines —más de una vez recibió una sanción por dar rienda suelta a su creatividad—, y por ello se embarcaba en diversos programas que surgían: *Música de los cinco continentes*, *Círculo Internacional*, *Estudio 15/18*, junto a Marisol Valle: aquel fue el primer gran magazín radiofónico que inició la fórmula de los bloques. Luego vinieron *A 120* o *Tres a las tres* o *Andalucía viva*. Buscó la inspiración en los locutores norteamericanos que retransmitían para las bases militares de San Carlos —en Cádiz— presentando las listas de la Billboard. Y adquirió ese timbre tan contagioso de novedad al lanzar un nombre y un disco con énfasis y a la vez cierto *suspense*. Todo era cuestión de compás, solía repetir. De entender los tiempos, el de hablar y el de ca-

llar; encontrar la armonía, saber llevar el ritmo. Esas eran las premisas que conformaban su oráculo según el cual el oído era el primer órgano a entrenar. Porque de Quintero se han enaltecido sus silencios marca de la casa, pero fue su capacidad de escuchar, hipnótica, capaz de crear una burbuja de intimidad sin premura ni prejuicio, la que contribuyó a que forjara su estilo litúrgico de realizar una entrevista. Nunca fue agresivo: «no me gusta convertir el micrófono en una picana y no me gusta la tensión del interrogatorio policial. Quiero hacer un retrato verdadero del personaje. La entrevista es un espectáculo para pensar. Hay mucha gente sobrevalorada, superficial. Con la luz de la cámara y el micrófono detectas fácilmente a quienes no sienten lo que expresan», me confesó una vez.

Quintero no podía aún desdoblarse en dos gracias al movimiento simbólico de un montacargas, todavía estaba lejos de la que sería su casa en Sevilla, la azotea del Loco, inseparable del personaje pero que perdería casi al final de su vida. Pero ya anidaba en él un deseo de fuga, propio del nómada que transitaría del *camping* al hotel de cinco estrellas, y viceversa. Entonces se inventó un programa, *El hombre de la roulotte*, una auténtica fiesta radiofónica en la que descubrió que las historias de la gente de a pie, mezcladas con pensamientos de Krishnamurti e incluso de Siddhārtha Gautama, podían llenar la radio de una extraña mezcla entre la realidad y la utopía. «La gente se subía a la *roulotte*, llena de libros —me contaría años más tarde—, y allí pasaba de todo: dormíamos en cualquier parque, junto a un corral de gallinas, junto a un acantilado...». También afirmaba que aquel fue el embrión de *El loco de la colina*, que ya se iba manifestando a través de una mirada llena de paradoja y *blues*, de atrevimiento, arte y carácter. Una mirada barnizada de una melancolía pujante y a la vez un desafío torero. El coraje era uno de sus máximos valores, al igual que su idea de la libertad, siempre escurridizo ante el compromiso. Coincidió este ánimo con el encargo que recibió de Radio Nacional a fin de estrenar un programa de madrugada, *Para mayores sin reparos*, un título que a Jesús le horrorizaba. En España había llegado la libertad horaria en la radio y esa nueva franja, a partir de la medianoche, empezaba a ser

explorada por las cadenas. Y no había duda de que Quintero era perfecto para la madrugada.

«A mí me motivaba crear un mundo. Como Fellini y Buñuel. Quería hacer algo diferente. Pero no gustó, y el director de RNE me dijo que aquel programa conducía al suicidio. Yo ante el micrófono exclamaba “¿para quién hablo, quién me escucha? Siento que mi cabeza funciona como un fórmula 1 por un acantilado”...». Y lo suspendieron medio asustados. El propio Jesús, en una entrevista que le realicé en julio de 2021 en su casa de El Portil para *Vanity Fair*, me confesó que Manuel Gutiérrez Mellado, entonces vicepresidente del primer gobierno democrático de la Transición, llamó al director de la emisora y le preguntó quién era ese muchacho que hablaba por la noche. «¿Por qué lo has quitado?», le reprochó. Y el programa regresó con una energía indómita. Un día sonaba *The Fool on the Hill* de los Beatles y él empezó a exclamar «Yo soy un loco en la colina». Los oyentes reventaron la centralita. Y decidieron al instante que se quedaba como título. Era 1981, la población insomne de la España encontraba por fin algo más que un alivio, un lugar para colorear su soledad, cuando empezaban a sonar los acordes del *Shine on you crazy diamond* de Pink Floyd.

Poco antes de convertirse en estrella de la comunicación ejerció otro trabajo, el de mánager musical. Le atraían los artistas, como si entre ellos fuera uno más, muy especialmente si eran flamencos. Quintero fue amigo de los gitanos, y en más de una ocasión dejó flotando en el aire que tenía un cuarterón. Buscaba a los flamencos puros, que le abrían su casa, incluso lo llevaban a escuchar cante a las cuevas del Sacromonte. Y recordaba que el origen del flamenco nació en Granada, con el Festival de Cante Jondo organizado en 1922 por Federico García Lorca y Manuel de Falla. El joven Quintero, idealista y trovador, ya había entrevistado a algunos grandes, a Borges —«Sentáte, muchacho», le dijo en el hotel Alfonso XIII—, a Antonio Mairena, que «hacía tres discos en un día, uno detrás de otro», relataba. Enseguida se empapó del *Romancero gitano*: «es una de las grandes obras de la historia de la literatura. Lorca es Virgilio», decía. Cuando se topó con Paco de Lucía, supo enseguida que se hallaba ante un genio; y, tras una entrevista, este

le confesó que «todo el mundo dice que soy bueno, pero yo estoy *tieso*». Y así se convirtió en su mánager. *Entre dos aguas*, una composición que hiela y quema por su ascendiente ligereza, había surgido de una improvisación del guitarrista, que minutos antes de grabar alargó el tema con los acordes de Felipe Campuzano, un trasteo que jugaba con el *Te estoy amando locamente* con el que habían arrasado Las Grecas. Pero el disco no funcionó en el mercado, y parecía destinado a dejar de sonar.

Quintero trabajaba para la agencia Euroconciertos y subcontrató el Teatro Monumental y el Alcalá para llevar el flamenco a Madrid: Camarón, la Paquera de Jerez, Fernanda y Bernarda de Utrera, Lole y Manuel... defendía que el buen flamenco era un arte virtuoso, como la lírica, que tenía que sonar en el Teatro Real.

En el libro *El loco*, Jesús Melgar entrevista al director de *Mundo Pop*, Gonzalo García Pelayo —que más tarde produciría discos a Carlos Cano, Lole y Manuel o Triana—, quien da fe de que a pesar de que los grandes periodistas musicales —como Carlos Tena o Moncho Alpuente— encumbraban a Paco de Lucía, su disco con Quintero, *Fuente y caudal*, apenas había vendido 300 copias. Un día, Jesús le pidió a García Pelayo que lo escuchara con atención, y le hizo vibrar. El productor movió todos sus contactos, y durante tres días, en la radio y la televisión no dejó de sonar *Entre dos aguas*, su *single*. Quintero convenció a Mariano de Zúñiga, director de Philips, de que Paco era mejor que Jimi Hendrix. El álbum se reeditaría, y de Lucía se coronaría como un guitarrista universal entrando, de la mano de su mánager, un tipo cada vez más audaz, excéntrico y creativo, al Teatro Real. Jesús siempre habló con extremo respeto de Paco, también con un velo de misterio. «Es muy callado» decía de él, y solía contar que, una vez, a punto de empezar la función, le preguntó quién había en el público. Quintero le contestó que la sala estaba llena y que había gente muy importante. Pero al músico solo le interesaban saber qué otros guitarristas habían ido a verle actuar. «¿Está Manzanita? ¿Y el Niño Ricardo?». «Sí, Paco». Y se quedó tranquilo: «Tocaré para ellos».

Su carrera como mánager se disparó, teniendo que combinarla con la radio. Su trabajo siempre lo ocupó todo. Representó a las her-

manas Domínguez, que fueron descubiertas en La Habana, y se hicieron famosas con su *Corazón de melón*. Y a Soledad Bravo y su canción protesta. También a Los payasos de la Tele en su primera etapa; sí, a Gabi, Fofó y Miliki, con aquel mítico «¿Cómo están ustedes?». Mantuvo amoríos con una de las cantantes cubanas, Aidé, y también con Soledad, con quien se conserva una fotografía junto a Rafael Alberti. Un lugar bien importante ocupó Merche Esmeralda, a quien hasta el último día Jesús le dispensó un enorme cariño. Estuvieron a punto de casarse, pero en el último momento, Quintero, siempre tan atormentado, tuvo un ataque de pánico y huyó.

El asunto de Quintero y las mujeres necesitaría mucho más que de un analista freudiano para ser resuelto. No en vano, el propio Jesús inició una larga terapia de psicoanálisis después de su primera gran depresión. Cuando se convirtió en El loco de verdad. A pesar de sus numerosos romances, tenía fama de afeminado. No le importaba. Su estética mezclaba la bohemia y el *made in Italy*. Le enamoraba la ropa cara. Apreciaba los buenos tejidos, las camisas de Etro y de John Galiano, los chalecos de ante. No fue un hombre clásico en ningún aspecto de su vida. Demolía las costumbres pequeñoburguesas, pero en cambio se apropiaba de las piezas de marcas y las hacía suyas, al estilo de los raperos. Acostumbraba a vestir camisa y chaleco, traje en contadas ocasiones. La estética de Quintero responde a su propio ideal de *flâneur*, un alma bohemia pero culta, fina, educada, flamenca. Era soñador hasta el extremo de confundir la realidad con el deseo. Los fulares, que forman parte de su casa-museo, empezaron siendo de algodón o de seda hindú, y con los años pasaron a ser de *cashemere*. Mezclaba un toque baudelaireano con el gusto montero: llevaba los pantalones dentro de las botas. En su último perchero colgaban ya varias prendas de Zara que mezclaba con Loewe *vintage*.

Porque él buscaba —y amaba— ante todo, los contrastes. Entendió enseguida, por ejemplo, el amor de los japoneses por las sombras, tanto estéticas como éticas. Quería llevar a su personaje a una zona más sombría, que sabía que existía porque ya la había rozado. Y decidió llenar *El loco de la colina* de pensamiento, poesía e ironía. Su im-

prescindible *guasa*, tan importante para él como el *age* (ángel) andaluz. Entonces yo era una adolescente, pero sabía que mis tíos escuchaban el programa, entre el asombro y el deleite. Y también que oyentes a punto de suicidarse habían llamado a la emisora, y él los había disuadido. A pesar de ser radio, llevaba dos rombos.

Quintero tenía a su mano derecha a Paco Cervantes, productor y compadre, y a la izquierda un plantel de guionistas que, según ellos mismos, por primera vez están bien pagados en el medio. Raúl del Pozo ejercía de capitán, acompañado por, entre otros, Juan Teba, Félix Machuca, Juan Cobos Wilkins —especialista en Juan Ramón Jiménez, como ya hemos dicho, uno de los poetas preferidos de Quintero—, Javier Rioyo, Juan José Téllez o Javier Salvago, que se convertirá en la pluma central tras *El loco de la colina* y que es autor de algunas de las reflexiones compiladas en este libro. Su voz fue creciendo. Se convirtió en predicador laico, enamorado de Walt Whitman y León Felipe, del *rock* sinfónico y de la escena internacional, en especial de América Latina. Cayó en una depresión y recibió tratamiento. Pero no dejó de emitir. Por las tardes, en su piso del barrio de Santa Cruz, preparaba el programa de la noche con su documentalista, Javier Andino, y otros miembros del equipo, mientras recibía la medicación por goteo. Me contó que en una ocasión fue a entrevistar a Alfonso Guerra puesto de litio. En aquel tiempo apareció una figura clave en su vida, el psiquiatra infantil y psicoanalista Cayetano García-Castrillón, uno de los hombres que más admiró y apreció. Me reveló, frente a su director musical, Jesús Bola, en los estudios de la que quería que fuera su nueva radio en San Juan del Puerto, que cuando el psiquiatra murió, lloró en su entierro mucho más que en el de su propio padre.

En los años de *El Loco* se entregaba a la locura creativa como a un destino. Y fue forjando una personalidad cada vez más excéntrica, con manías y caprichos caros, aunque en asomaran voluntariamente sus hechuras *hippies*. En las épocas en las que tenía más dinero llevaba un fajo de billetes en el bolsillo, atados con una goma. No era de extrañar que se lavaran en la tintorería, perdiendo su color, porque en los bol-

sillos de sus chaquetas siempre había algún billete. Y no solo perdía dinero, también le robaban con facilidad.

A lo largo de los años ochenta arrasa en Argentina y empieza a ser conocido en varios otros países de Latinoamérica. En 1983 se produce su ruptura con la empresa, en pleno auge, con una audiencia millonaria tanto en España como en América. Llegaron los problemas con Radio Nacional: decía que no pagaban —o lo hacían tarde— a sus guionistas, su verdadero maná, ya que siempre estaba pendiente de nuevos cuestionarios, de la pregunta exacta, aunque no la necesitara. Porque, precisamente, cuando improvisaba, en el fragor de la entrevista, era cuando emergía el mejor Quintero, el que respiraba hondo detrás de la máscara. Sin embargo, tenía un afán perfeccionista y un compromiso artístico y, probablemente también, cierto pánico al *horror vacui*. No se sentía lo suficientemente mimado por la cadena. Detestaba la burocracia, le enfurecía.

El 14 de abril de 1983 *El País* publicaba la noticia: «Quintero, que asegura estar contento con su sueldo en RNE y que jamás ha puesto precio a su trabajo, estima que en la actual situación no cuenta con los medios técnicos suficientes. Sin embargo, opina que esta infraestructura, escasa de acuerdo con su criterio, no es la única razón por la que estima que la burocracia le ha llegado a ahogar. Explica también que su equipo lleva tres y hasta cuatro meses sin cobrar». La dirección afirma que le han dado más medios que a nadie. A Quintero siempre le ganaban los detalles, y su idea *sui generis* del honor. Y los directivos le harían. Se sintió torero y emigró de ondas y de estudio, a una casa con patio andaluz y arcos de herradura. Consiguió incluso llevarse el nombre del programa, a pesar de la primera oposición de Calviño, demostrando que el nombre lo había elegido él. En su archivo del Centro Cultural Jesús Quintero en San Juan del Puerto —donde consiguió reunir sus más de 100.000 cintas de entrevistas grabadas— se conservan varios folios con los cuestionarios del Loco, fechados en 1985 y 1986. No solo son esbozos de entrevistas a personajes famosos, también a gente anónima. Un ejemplo: «Entrevista a una mujer casada». O «Cuestionario para el tema *vida en común*». Allí aparecen estas preguntas: «Un escri-

tor dijo que a las mujeres les pierde la seguridad (o las ganas de tenerla) y a los hombres la vanidad, ¿es posible que fallen por esto muchas parejas?». También leo otro cuestionario, manuscrito y no fechado, para una cantaora que quedó sin visión, La Ciega Riqueni. «¿Cómo ves el futuro?, ¿Qué colores te gustaban?». El tamaño de la tipografía de los cuestionarios va aumentando a medida que pasan los años.

En la Cadena SER disfruta de años de vacas gordas, y en el estudio de *El Loco* no faltan un piano blanco, los *gin-tonics* —no obstante, nunca fue bebedor— ni el plato de jamón con picos, tampoco el humo de un cigarro siempre a medias. En una ocasión me confesó que había dejado a las señoras de la limpieza frente al micro, y él se largó; en otra que había tomado un poco de LSD «para experimentar», y también que había llegado a hacer el amor en el estudio. Tenían una fuente en el estudio de Radio Sevilla, y un día se empeñó en que sonase el agua de fondo. Otra noche convenció a un camarero del O'Donnell, el bar de al lado, para que llevase un hornillo y una sartén, porque quería que los oyentes sintieran que estaban junto a él en la cocina, friéndose un huevo: todavía no contaban con sonidos grabados a modo de recursos enlatados. Cuando quise confirmar con él sus experimentos más arriesgados, me los negó todos, excepto lo de las señoras de la limpieza. «Abderramán dijo que, en toda su vida, solo tuvo diez días felices. Yo creo que hacer *El loco de la colina* me dio al menos veinte de plenitud». Hablaba con ese punto de grandilocuencia, propio de quien detestaba lo vacío, lo insulso, lo mediocre. Exageraba, a veces retocaba los hechos según le convenía, mezclándolos con su poción de verdad. «Un día monté un programa sin guion, y empecé a hacer un monólogo sobre el vacío existencial. Decía “y te pido a ti, a los poetas abuhardillados, a los músicos, que vengáis...” y hasta vino mi madre. Ahí sentí que era El loco de verdad».

En un hermoso obituario, el periodista David Suárez, de la SER sevillana, escribía: «Diseñaba programas como obras de teatro. Construía cada noche un castillo de naipes de la evocación, un mar de dudas. Era pura dramaturgia en la estética de la palabra: su arma letal que apuntaba siempre a la hondura del ser humano. Se ofrecía para

ayudar al otro a sacar lo mejor de sí mismo. Y lo hacía entre la pausa y la sonrisa, con elegancia, gentileza, dulzura... Jesús era todo eso y también lo contrario: arrogancia y altivez. Puro teatro del instinto. Una fuerza de la naturaleza vestida con un fular de colores imposibles, una planta carnívora que devoraba a sus presas atraídas por el color irresistiblemente chillón de sus palabras y gestos». Y concluía: «Habló con lenguaje de FM cuando el mundo sintonizaba la onda media».

El personaje crece, se dispara. Gana premios —Ondas, Rey de España de periodismo, en total sumó ochenta—, y culmina su primer sueño como empresario, el de tener una emisora propia para la que él decida toda la parrilla: Radio Romántica. Pero el Ministerio de Industria y Telecomunicaciones le denuncia por no tener todavía los permisos en regla. Él sigue emitiendo, en rebeldía, esperando los papeles, hasta que se dicta la orden de cierre. Jesús lo recordaba así: «El día después de que me dieran la Medalla de Andalucía [fue en 1986] cerraban mi emisora [en realidad fue en 1988]».

Y entonces se va a Argentina. Allí se manifiesta con las Madres de Plaza de Mayo —mantendría la amistad con Hebe de Bonafini a lo largo de los años— y entrevista a montoneros y exguerrilleras. Emiten sus programas en Canal 7 y Telemundo Internacional. Busca a gente extrema. Buenos Aires le enamora, y se enreda con novias en cada puerto. Y cuando regresa a Sevilla, después de hacer las Américas, por fin le conceden la licencia para su emisora, esta pasa a llamarse —como no podía ser de otra manera— Radio América. Ahí empieza a agitarse un sueño internacional que siempre le acompañará: vagar por el mundo, mitad gitano, mitad señorito. Ser el Julio Iglesias o el Paco de Lucía de la comunicación. Dejar huella, una voz rotunda acompañada de un juego de sombras.

Su entrada en televisión arranca en 1988, con *El perro verde*. Quiere trasladar la intensa atmósfera de esa radio que ha hecho suya, con humareda y misterio, a la pantalla. Sueña a lo grande y pide a los mejores: Wolfgang Burmann y sus escenografías, Hugo Stiven como realizador y, en la cocina del guion, Javier Salvago, acaso la relación pro-

fesional más estable que mantuvo Quintero, en la que, a pesar de los desencuentros, siempre se mantuvieron el respeto y la bonhomía.

Pero la fama explota tras su entrevista a Rafi Escobedo, marido de Myriam de la Sierra, hija de los marqueses de Urquijo, por cuyo asesinato fue condenado a 53 años de cárcel. Rafi le escribe en una carta «quiero hablar en tu programa, comunicar que si en el plazo de cinco días después de la emisión no me conceden lo que me corresponde, voy a suicidarme». Quintero lo visita en el penal de El Dueso, en Cantabria. Uno de sus guionistas, Jesús Melgar, le acompaña. Lo cuenta en su *Biografía no autorizada ni consentida de Jesús Quintero*. El director de la cárcel les cedió su despacho para la entrevista. Ellos preferían la celda. Escobedo llevaba ya más de siete años entre rejas; le habían matado al periquito que cuidaba, su último vínculo con la vida de afuera, y estaba hundido. Anunció su suicidio si nada cambiaba. Quintero empatizó con Rafi. Y Rafi, una vez televisada, contó que la entrevista les había gustado mucho a los funcionarios, y que su madre le había dicho solo «que estaba muy guapo». El 27 de julio de 1988 aparecía ahorcado en su celda. El impacto fue brutal, y desató un auténtico aquelarre mediático. Quintero se alejó durante unos días del ruido, y se fue al chalet de su amigo Paco Cervantes, en Matalascañas. Cuando lo entrevisté, me relató: «Me quité de en medio. Siempre he pensado que un periodista no tiene que verse envuelto en un escándalo. Me fui a casa de mi compadre, Paco Cervantes, y estando en la playa, uno me dijo “estarás contento que se ha matado Rafi”. Ahí empezó la telebasura».

Los programas televisivos se fueron sucediendo: *Qué sabe nadie*, *Trece noches*, *La boca del lobo...* emitidos en España y Argentina. Coincidieron con la llegada de Angi, una joven catalana, alta, bellísima, que se había ido a vivir y trabajar con su tía a Sevilla mientras estudiaba realización televisiva, su vida. Se conocieron en los estudios de Antonio Jiménez Filpo, otro de los amigos más fieles y continuos de Jesús. A las primeras señales de cortejo ella escapó, no por falta de atracción, sino más bien por lo contrario, ya que acababa de cumplir 21 años. Sucedió que se encontraron de forma fortuita —o aparentemente for-

tuita— en la ciudad en varias ocasiones. Quintero tenía el don de hacer que la suerte siempre cayera de su lado, y era un cortejador de la escuela tenoriana: tan elocuente como persistente. Se enamoraron. Y compartieron el sueño de la sala de conciertos Montpensier. Viajaron a Nueva York y a Miami. Allí, Rocío Jurado convenció a Angi para que se hiciese un test de embarazo: «Tienes cara de estar esperando un bebé», le dijo. Meses más tarde, el 23 de julio de 1992 —medio año después del fallecimiento de su madre— nacía su primera hija, Andrea. Quintero afrontó la paternidad con más idealismo que responsabilidad y ser un padre activo empezó a convertirse en su asignatura pendiente.

Conocí a Jesús a través de Javier Rioyo. «¿Te apetece cenar con nosotros, y así lo conoces? Es un monstruo», me propuso. Corría 1995 y yo dirigía, en Barcelona, la revista *Woman*, del Grupo Z. Rioyo colaboraba en ella. Quintero ya se había separado de Angi: él mismo reconocía que no estuvo a la altura. Me citaron en el restaurante Samarkanda de Atocha tras la presentación de un libro sobre Camarón, a la que no llegué por un retraso de mi vuelo. Quintero estaba acompañado por una joven gitana que se llamaba Lucía y era la primera vez que se subía a un tren (y, por supuesto, que pisaba Madrid). Estaba tan deslumbrada como incómoda, igual que él. Quintero me habló de su mayor tesoro, su hija. Iría a Barcelona en unos días para visitarla y nos emplazamos a cenar con un grupo de amigos en común. Era un hombre de más de cincuenta años que no había logrado construir una familia estable, y aquella incapacidad, que se reflejaba en su estela de macho indomable, le hería. En varias ocasiones se emocionó al hablar de Andrea. Enseguida me pidió que un fotógrafo cercano a la revista *Woman* les hiciese «unas buenas fotografías». Manuel Outumuro, en su estudio de la calle Tallers de Barcelona, inmortalizó la imagen; Andrea había heredado su mirada.

Obsesionado con la entrevista perfecta, veneraba a Oriana Fallaci. Cuando ya convivíamos, un día me dijo que tenía que escribir un libro

sobre él, con amor y a la vez dureza. Y me puso como ejemplo *Un hombre*, el libro en el que Fallaci narra su relación con el poeta griego y miembro de la resistencia a la Junta Militar, Alexandros Panagoulis. Pero, a diferencia de él, Jesús no había estado nunca preso ni había sido torturado, por mucho que sintiera una curiosidad abismal por las experiencias extremas. Me reveló que lo que más le había impresionado en su vida fue el manicomio de Sevilla: «el primer manicomio de España, le llamaban Hospital de Inocentes. Allí, un loco me dijo “quiero sentarme en esa silla y no salir de aquí hasta que me entere de quién soy”. El loco pierde todo menos la razón».

Ya en aquellos años empezó a pagar grandes deudas a causa de su segundo proyecto faraónico tras Radio América —cerrado ya, por falta de ingresos, el Montpensier—, el antiguo Luna Park, un café creado en la Exposición Universal de 1929 que convirtió en restaurante con parasoles románticos y sala de conciertos rehabilitada por el arquitecto Rafael Manzano. Quintero aspiraba a que aquel lugar se convirtiese en un centro de agitación cultural para la ciudad, con música y teatro, jaimas y divanes para propiciar distendidas charlas entre las mentes creativas de Andalucía. Una idea de negocio arriesgada de la que no pudieron disuadirle los amigos ni los financieros. Siempre se sintió inseguro en los negocios. Pocas semanas después de inaugurar el Montpensier, le dijo a un reportero «voy muy poco por el local y no muevo ni un dedo para promocionarlo, puesto que no quiero que se me trate como a un empresario». Y, claro, quebró. La televisión le salvaría de nuevo.

Su próximo programa era ambicioso: por fin podría acercarse al lado más salvaje y oscuro de la realidad. Se trataba de *Cuerda de presos*, que le marcó de por vida. Lo acompañé a una de las grabaciones en el penal de El Dueso. El paisaje desprendía una belleza conmovedora. «Solo un cínico es capaz de construir una playa en las marismas de Santoña, ver desde la celda tanta belleza», recuerdo que me dijo. Allí estuvieron Escobedo y el Lute. Entré en las galerías con curiosidad por visitar una celda, y le pregunté al funcionario por el crimen más común entre los reclusos. «Violaciones», me respondió, aguardando mi reacción.